

un mal padre, un mal amo y un mal amigo, un mal ciudadano y un mal cristiano; mal hijo y mal vasallo, porque su vida, antes de reinar, fué una serie continua de cabalas y facciones; mal padre, porque tenía á su hijo apartado de su presencia y como aprisionado en el castillo de Amboise; mal rey, porque triplicó los impuestos, y mandó quitar la vida, segun dicen (1), á mas de cuatro mil personas, la mayor parte de ellas sin formarles causa, y muchas precipitadas desde una trampa ó cigüeña encima de unas ruedas armadas de navajas; reducía el arte de reinar al de disimular; mal amo, porque la menor sospecha ó un simple capricho decidía de la suerte de sus criados mas fieles; en fin, mal ciudadano y mal cristiano á un mismo tiempo (puesto que la fé no separa estas dos cosas), porque se portaba con Dios del mismo modo que con sus vecinos y parecía que esperaba engañarle igualmente con demostraciones en que no tenía el corazón la menor parte. El arte de reinar era para él el arte de disimular. Si, como es de presumir, consiguió el Taumaturgo de Calabria la gracia de una buena muerte para un penitente de tal naturaleza, puede decirse que no fué este el menor milagro que hizo. Luis XI está reputado por el rey mas perverso de los de su raza, poco fecunda, á la verdad, en semejantes producciones. Hablando Francisco I de este príncipe absoluto, decía que era el que había sacado á los reyes de Francia del estado de tutela.

El Papa Sisto IV murió un año despues que Luis XI, el día 13 de agosto de 1484, á los setenta y un años de edad y eatorce de pontificado. Tenía este Pontífice muchas virtudes, costumbres puras, ciencia extraordinaria, disposición para entender y despachar los negocios, aplicación, nobleza en

(1) Mezerai, *Compend. Chronolog.* t. 3. Vida de Luis XI.

su modo de pensar y generosidad; pero un solo vicio, ó por mejor decir, una flaqueza, muy mal vista en los Pontífices augustos segun el orden de Melquisedec, el cual no admite genealogías ni parientes, le impidió hacer la mayor parte del bien que pudiera haber hecho y afecó las demas obras suyas. De este Papa se puede decir mejor que de otro alguno, que él no haber sido irreprochable fué por haberse dejado dominar del amor de sus parientes. Sin embargo, su ardor por los progresos de las letras, la proteccion y las liberalidades con que honró á los literatos, sus propios escritos en materias filosóficas y teológicas, además de las muchas y eruditas bulas que espidió, y los infinitos monumentos que dejó para adorno y utilidad de Roma, donde se encuentran á cada paso inscripciones y títulos suyos, harán eternamente memorable su nombre. Dicen que solo con las piedras en que está escrito su nombre en los soberbios edificios que multiplicó en Roma, se podría construir un palacio. El magnífico puente del Tiber se llama todavía puente de Sisto. El camino para la inmortalidad del segundo orden es trasmitir á los pueblos unos bienes duraderos y promover las artes que perpetúan su memoria.

Juan Bautista Gibo, noble genovés, oriundo de Grecia, cardenal de Santa Cecilia, llamado el cardenal de Melfi, porque había sido obispo de aquella diócesis, fué elegido para suceder á Sisto, diez y seis dias despues de su muerte, esto es, el 29 de agosto, y tomó el nombre de Inocencio VIII, con estas palabras del Salmo por lema: *he caminado en mi inocencia*: las que sin duda espresaban lo que quería ser, pero no lo que había sido; pues, dicen algunos murmuradores que antes de recibir las sagradas órdenes vivió desatregladamente con diferentes mugeres y que tuvo de ellas siete hijos. Tambien dicen que en el

conclave en que salió elegido hubo algunas intrigas que dieron ocasion á que se hablase de un modo poco decoroso sobre si fué ó no canónica su eleccion. Era hermoso y de bella estatura y á la edad de cincuenta y un años en que ascendió al pontificado conservaba toda la lozania de la juventud, y su genio afable y su mucha bondad le hacían amable á cuantos tenían ocasion de tratarle. Los historiadores contemporáneos hablan de él con grandes elogios (1). Era naturalmente inclinado á la economía; pero venció aun los vicios de la naturaleza por hacer bien á los pobres y afligidos, los cuales experimentaron siempre la sensibilidad generosa de su corazón. Como por razon de su genio, algo indolente, le gustaba mucho la paz y la concordia, las recomendó á los príncipes al tiempo de anunciarles su exaltacion y al recibir las enhorabuenas que le dieron con este motivo. Se proponía, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, reunirlos contra el enemigo comun de la Religion, y para que aprendiesen de él, principió por terminar la guerra de Sisto IV con los venecianos, dió fin á las hostilidades, y levantó las censuras.

El año precedente á la eleccion del Papa Inocencio dió un nuevo habitante á la Jerusalem celestial (2). El día 4 de marzo murió en Vilna, capital de Lituania, San Casimiro, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia, á los veinticuatro años, estenuado y consumido á fuerza de penitencias y de los males que padecía. Era príncipe de una piedad angelical, y tan casto, que asegurándole los médicos que curaría si se determinaba á casarse, quiso mas bien perder la vida que faltar á la resolucion que había tomado de vivir siempre virgen. Puede bastar este solo rasgo para persuadir toda

(1) Onuphr. in *Inn.* VIII.

(2) Bolland. ad 4 Mart.

la santidad de este nuevo mártir; porque cuando llega una virtud á este grado de heroísmo, son casi siempre inseparables de ella todas las demas. No dejó el cielo de comprobarla con milagros, y especialmente con la resurreccion de una doncella que había muerto en la edad de la inocencia, digno objeto de proteccion para un mártir de la virginidad. Hay una obra entera llena de la relacion de los milagros que movieron al Papa Leon X á colocarle en el número de los Santos.

En otra parte, una doncella portuguesa, de ilustre nacimiento, llamada Beatriz de Silva, estableció en Toledo una congregacion de religiosas en honor de la Concepcion de María, por la que tanto interés tomaban entonces las almas piadosas. Este instituto fué confirmado algunos años despues por el Papa Inocencio VIII, el cual le sujetó á la regla del Cister y á la obediencia del ordinario, pero conservándole el título de la Concepcion y su hábito primitivo, que consistía en una túnica y escapulario blanco, con un manto de color azul celeste. Despues de la muerte de la fundadora abrazaron sus religiosas la regla de Santa Clara, pero sin dejar el título ni el hábito de la Concepcion. En fin, el Papa Julio II las eximió de las observancias del Cister, y encargó su direccion á los franciscanos reformados.

Cinco años no mas hacia que en España se había puesto la Inquisicion bajo el pié que digimos en 1480, y ya su rigor necesario en las circunstancias que habían motivado su establecimiento, junto con la forma insólita de sus procedimientos, escitaba vivas reclamaciones uniéndose los grandes al pueblo para dar mayor autoridad á sus quejas. Los Estados de Aragon pidieron al rey Fernando remediase su modo de proceder que ellos calificaban de abuso; que arreglase el tribunal de la Inquisicion bajo

la misma forma en que estaban los demás tribunales, y que impidiesen las confiscaciones, pues con ellas se daba margen á sospechar de la integridad, no de los que las mandaban, sino del príncipe en cuyo tesoro entraban. Parece que Fernando no hizo caso de estas representaciones; y aun mucho despues de este príncipe, el celo por la conservacion de la fé tapó los ojos para no ver lo que habia de extraordinario en los medios empleados para conservarla, dado que fuere cierto que esos medios fuesen tan irregulares como han supuesto algunos interesados en calumniar á la Inquisicion.

Sin embargo, esto costó la vida á uno de los inquisidores; mas en las manos de Dios todo sirve para bien de los escogidos. Un canónigo de Zaragoza, llamado Pedro de Arbues, respetable por su nacimiento, y mucho mas por su piedad, ejercia el oficio de inquisidor con la equidad, desinterés y circuspeccion que debia esperarse de un hombre canonizado por la voz pública. Tenia costumbre de estar todos los dias en oracion mucho tiempo delante del altar mayor de la catedral, y asi solia permanecer hasta muy entrada la noche. A favor, pues, de las tinieblas se introdujeron en la iglesia detrás de él una porcion de malvados, y sin respetar la santidad del lugar en que se hallaban, le acometieron como bestias feroces, le dieron muchas puñaladas y le dejaron alli medio muerto (1485). Vivió todavia dos dias, en los cuales no hizo mas que dar gracias á Dios, sin prorumpir en la menor queja. Compadecidos de él sus paisanos, le enterraron con mucha pompa y veneracion en el mismo lugar donde habia sido asesinado en odio de la fé. Dícese que todos sus asesinos murieron desgraciadamente en aquel mismo año. Tambien se refieren algunos prodigios que se hicieron en su sepulcro; pero las eminentes virtudes que practicó en el discurso de toda su vida, son

pruebas todavia mas incontestables de su santidad: por lo que le canonizó despues el Papa Paulo III á instancias del emperador Carlos V (1) (a).

(1) Mariana, 1, 24, c. 8; Blanc. in Ferd. II.

(a) Los asesinos del santo mártir iban dirigidos por Juan de la Abadía, y mientras los canónigos rezaban en el coro los matines, Vidal Durando le dió una cuchillada en el cuello y Juan de Speraindeo le arremetió con su espada y le dió dos estocadas, dejándole por muerto tendido sobre las losas del templo. Hayeron los asesinos en la mayor turbacion, acudió todo el clero y se recogió el cuerpo del mártir Arbues, que aún vivia, pero que falleció á las veinticuatro horas. La noticia de haberse cometido tan sacrilego crimen produjo en el pueblo el efecto contrario al que se habian propuesto los instigadores y perpetradores. Antes de amanecer corrian por las calles grupos de gente gritando: *al fuego los conversos, que han muerto al inquisidor!* El arzobispo de Zaragoza, don Alfonso de Aragon, hijo natural del rey don Fernando, tuvo que salir á caballo por las calles para impedir que pasasen á cuchillo á los principales judios conversos. La reaccion, como ahora se dice, fué completa: nombrados nuevos inquisidores se fijó el tribunal del Santo Oficio en el palacio de la Aljaferia, como en señal de estar bajo la salvaguardia Real, procedióse activamente contra los autores y cómplices de estos asesinatos y los mas fueron habidos y juzgados como fautores de herejes ó como sospechosos é impedientes del Santo Oficio, relajados á la justicia secular en varios autos de fé. Mariana dice que no fueron habidos los asesinos, pero que tuvieron un fin desgraciado. Al mártir Arbues se le erigió un magnífico mausoleo y se le hicieron solemnes exequias, mirándole como un santo mártir. Los Sumos Pontífices confirmaron este juicio, y colocado Pedro de Arbues sobre los altares, se celebra su fiesta el 17 de setiembre. Algunos historiadores observan como cosa notable que tres fundadores ó tres primeros inquisidores en Francia Italia y Aragon, fueron todos tres Pedros, y todos tres fueron sacrificados, y todos tres son venerados como mártires: Pedro de Castelnau en Francia, Pedro de Verona en Italia, y Pedro Arbues en España. Esto sin duda ha inducido á error á algunos escritores, entre ellos á los redactores del *Diccionario histórico ó Biografía universal compendiada*, que no hace muchos años se publicó en Barcelona, los cuales confunden á nuestro Pedro Arbues con el dominicano San Pedro de Verona, siendo enteramente distintos como consta por la diferencia de tiempos, paises, nombres, profesion y por el mismo acto del martirio. El de Verona nació en la ciudad de este nombre, floreció y padeció el martirio en el siglo XIII, abrazó el estado religioso en la orden de predicadores, fué muerto por los maniqueos en el camino desde Como á Milan, espiró en el mismo lugar de su martirio, y fué canonizado en 1253 por Inocencio IV; nuestro San Pedro de Arbues nació en Epila de Aragon, fué canónigo de Zaragoza, le nombraron inquisidor los reyes Católicos, es decir, á fines del siglo XV, le martirizaron los judios á quienes perseguia, fué herido de muerte dentro de la misma catedral de Zaragoza, vivió aun dos dias despues, y fué canonizado por Paulo III hácia la mitad del siglo XVI (N. del E.)

Por medio de la Inquisicion, la cual impedía á los mahometanos y á los judios presentarse, ó á lo menos formar asociacion en los Estados de Fernando, alejaba este príncipe las tramas y facciones, y hacia que contribuyesen al bien general todos los habitantes de la monarquía, cualesquiera que fuesen sus disposiciones secretas. Dando de este modo al gobierno todo el vigor y actividad que permitian las costumbres de aquellos tiempos, se ponía en estado de ejecutar, á lo menos en parte, los grandes designios que le sugeria su celo ó su ambicion. Se distinguió su reinado con dos grandes sucesos, á saber: con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la reduccion de los moros.

Habian escitado ya su emulacion los progresos de las flotas portuguesas, las que mandadas por el noble veneciano Juan Cano, habian descubierto en el año 1484, mas allá del Ecuador, el reino de Congo, en Africa. Este pueblo, naturalmente afable, dió grandes pruebas de benevolencia á los portugueses, hizo amistad con ellos, y observó con curiosidad las prácticas de su Religion, aficionándose á ella insensiblemente de tal modo, que el rey y toda su corte abrazaron el cristianismo (1). Cuando volvieron los portugueses á Europa, les entregó aquel príncipe muchos jóvenes de buena indole y de las familias mas distinguidas, bajo la direccion de un africano convertido, llamado Zacuta, y suplicaba al rey de Portugal que los hiciese purificar en el baño de la salvacion; que se les enseñase puntualmente toda la doctrina celestial, y que los enviase despues al Congo con algunos ministros del Dios Omnipotente, á fin de comunicar el mismo beneficio al resto de la nacion. El rey Juar II, á quien por su equidad y por las demás cualidades dignas del trono se dió el renombre de Perfecto, y

que se distinguió en gran manera por el celo con que procuró la propagacion del Evangelio, teniendo la gloria de abrir las puertas del Nuevo Mundo á la Religion cristiana; este príncipe piadoso y magnífico formó alianza con el rey de Congo, fué padrino en el bautismo de Zacuta, mandó que fuesen instruidos y bautizados los jóvenes que habia llevado consigo, y luego los envió á su patria con misioneros capaces de estender y perfeccionar unos principios tan felices. Pasado algun tiempo, los bárbaros vecinos del Congo se apoderaron de aquel Estado, habiendo cometido en él las mayores atrocidades y obligaron al rey á refugiarse en una isla inculta. Pidió socorro al rey de Portugal, y tomando este generosamente su defensa, le restableció en el trono. Agradecido el africano, ofreció hacerse vasallo del portugués, el cual compitiendo con él en generosidad, no quiso admitir este homenaje. De este modo introdujo Portugal el cristianismo en el Congo, no esterminando á los idólatras, sino dándoles ejemplo de moderacion evangélica y tratándolos como á hermanos. Algun tiempo despues descubrió tambien Cano el promontorio mas meridional de Africa, llamado al principio Cabo de las Tormentas y ahora Cabo de Buena Esperanza.

Antes de emprender estas conquistas ó descubrimientos remotos, creyó Fernando que le convenia quedar libre de toda inquietud por lo tocante á los reyes mahometanos que ocupaban todavia una parte de España; y aun antes de intentar esta segunda empresa, le fué necesario asegurar en sus sienes ó en las de su esposa Isabel la corona de Castilla, que habia recaído en esta princesa de un modo muy extraordinario. El último rey de Castilla y Leon, Enrique IV, llamado el Impotente, marido disoluto de una muger sin pudor, habia tenido de esta reina, llamada Juana de Portugal,

(1) Barr. 1, 3, c. 3; Maff. rer. ind. 1. 1.

una hija del mismo nombre, á la cual nombró por heredera suya luego que nació, y confirmó este nombramiento poco antes de morir (a). Sin embargo, fué excluida de la corona por suponerse que no era hija de Enrique, del cual se creía que era incapaz de tener hijos á causa de los muchos escesos á que se habia abandonado en su juventud, y fué colocada en su lugar Isabel, hermana del rey. Una contienda tan estraña, y cuyo objeto era la posesion de una corona, causó disturbios, facciones intestinas y guerras con Portugal; pero de todo triunfaron por último las excelentes cualidades de Isabel y la prudencia de Fernando.

Luego que estuvieron sosegados por esta parte, dirigieron su atencion hácia los moros, los cuales les ofrecieron muy en breve una ocasion favorable para llevar á efecto sus designios. Habiendo repudiado Albohacen, rey de Granada, á su muger, de la cual tenia varios hijos, por casarse con una cristiana renegada, quiso matarlos, segun se lo aconsejaba esta madrastra. Boabdil, que era el mayor, huyó desde Granada á Guadix con la reina su madre, é interesaron en su defensa, no solo á los señores que vivian en aquellas inmediaciones, sino á todos los grandes del reino, indignados de la barbarie de Albohacen. Estando ausente de Granada este padre desnaturalizado, llamaron á Boabdil y le proclamaron

(a) Enrique IV habia sucedido á su padre Juan II que falleció en 21 de junio de 1454. La situacion poco lisonjera en que se hallaba entonces el reino hizo concebir esperanzas de que mejorase con el advenimiento de Enrique, atribuyéndose los escesos de este á ligerezas de su juventud; pero desgraciadamente se vieron frustradas esas esperanzas y el reinado de Enrique fué una serie casi continua de alborotos y revoluciones, en las que llegaron los grandes de Castilla á deponerle en estatua y alzar por rey á su hermano D. Alfonso en Avila á 5 de junio de 1465; pero muerto Alfonso, quedó Enrique en el trono hasta el 1474 en que falleció á los veinte años de reinado. Fué el primero, dice un historiador, que se intituló rey de Gibraltar desde 1462 en que se ganó esta ciudad, y el último de la dinastía de D. Enrique el Bastardo. (N. del E.)

rey; lo que escitó una guerra civil entre los moros, y Fernando se aprovechó de ella para acabar de arrojarlos de España. Tuvo Boabdil noticia de este proyecto, y engreído con su primer triunfo, sin disimular ni usar de ningun miramiento, creyó que se hallaba en estado de resistir á un mismo tiempo á su padre y á los cristianos, y entró en Castilla con un ejército. Fué enteramente derrotado; quedó prisionero (1485), y pasando en un momento desde el extremo de la presuncion al del mas vil abatimiento, ofreció á Fernando y á Isabel el homenaje perpétuo de la corona de Granada, un tributo anual de doce mil ducados, y por una vez la cantidad de dinero que quisiesen señalar. Aceptáronse estas proposiciones, añadiendo que habia de dar anualmente trescientos esclavos, y que se le mantendria en el trono (1).

Todo el ardor y entusiasmo por los intereses de Boabdil que habian manifestado hasta entonces los moros, se convirtió en la mas profunda aversion cuando supieron este tratado ignominioso. Quince gobernadores militares protestaron solemnemente la nulidad de semejantes pactos. Eran infinitas las gentes que abandonaban el partido del príncipe y se pasaban al de su tio Zagal, que se habia grangeado el aprecio de toda la nacion con el renombre de Valiente, y fingia favorecer al viejo rey hermano suyo. Llegaron á tal grado el descontento y la desercion, que no creyéndose Boabdil seguro en Granada, se retiró á Almería; y hallándose espuesto allí á mayores peligros, fué á echarse en los brazos de los castellanos. Zagal, digno hermano del bárbaro Albohacen, entró en Granada despues de la fuga de su sobrino, mandó dar muerte al rey para reinar en lugar de él, y á fin de asegurar mejor la corona, hizo todo lo posible para

(1) Zurit, l. 20; Marian, l. 25.

que Boabdil espermentase la misma suerte en Almería. Pero estas atrocidades le hicieron tan odioso como lo habia sido Albohacen, y fueron causa de que volviesen á Boabdil muchos de los que le habian desamparado.

Por medio de estos vasallos y con los socorros que le suministraron Fernando é Isabel, volvió á apoderarse de Granada. Pero la faccion contraria ocupaba todavia gran parte del reino y muchas fortalezas de las mejores, en especial las importantes plazas de Almería, Baza y Guadix. Llevado de una impaciencia propia de sus pocos años, hizo grandes instancias á Fernando para que conquistase aquellas plazas, prometiendo que le entregaria la ciudad de Granada treinta dias despues que las hubiese conquistado. Ambicion insensata, cuya precipitacion le constituia en la clase de esclavo y vasallo, y le preparaba á toda prisa su total ruina. Aprovechándose los castellanos de estas divisiones de los infieles, habian agotado con cinco ó seis batallas la sangre y el dinero del Estado de Granada, y se habian hecho dueños de una infinidad de plazas.

En el año 1486 (1) dió la universidad de Paris una prueba de la constancia de su celo por la conservacion de la sana doctrina. Un licenciado en teología, llamado Juan Laillier, habia sostenido en los ejercicios públicos una serie de proposiciones que se acercaban mucho á la impiedad del wicelismo. Eran principalmente ofensivas del primado de la Silla apostólica, de la autoridad de la Iglesia y de los obispos, de la ley del ayuno, del culto de los Santos, de las indulgencias y de la continencia clerical. Aun era mas chocante que las mismas cosas el tono de dogmatizador que habia tomado, esto es, la insolencia, la insulsa ironía y la falta de pudor. Censuró estas proposiciones

la facultad de teología, obligó á Laillier á retractarlas públicamente, y decretó que no fuese admitido al doctorado. Recurrió el teólogo al parlamento, el cual remitió el asunto al obispo para que lo viese y sentenciase con el inquisidor y cuatro doctores comisionados por la facultad. Los consultores del obispo lograron muy en breve que Laillier retractase espresamente todas y cada una de sus proposiciones en presencia del pueblo, supuesto que las habia predicado en varios parages con grande escándalo de los fieles. Inmediatamente despues de esto recibió del obispo la absolucion de todas las censuras en que habia incurrido. En seguida se formó una sumaria, en que sin consultar el prelado á los asesores que se le habian señalado, restableció al reo en sus funciones, honores y dignidades; le concedió el derecho de ser promovido al grado que deseaba y le quitó toda nota de infamia.

Descontenta la facultad, continuó negándole la bolla, y queriendo el obispo obligarla á ello, interpuso ella apelacion á donde hubiese lugar. Con este motivo avocó á sí la causa el Papa Inocencio, espidió una bula elogiando el celo de los doctores, prohibió que se admitiese á Laillier al doctorado y anuló la sentencia del obispo de Paris. Al contrario, mandó el Pontífice que se prendiese al reo y que permaneciese en la cárcel hasta que el arzobispo de Sens y el obispo de Meaux, á quien daba comision para continuar la causa, tomasen las providencias convenientes, á fin de asegurarse de la fé de un novador absuelto con tanta precipitacion. No ignoraban en Roma la facilidad con que semejantes dogmatizadores mudan de language sin variar de sentir.

Por este mismo tiempo se celebró un concilio en Lambeth, ciudad de Inglaterra, presidido por el arzobispo de Cantorbery en que fué condenado Reinaldo de Peacock,

(1) D'Argent. *Colec. ad an. 1484*, p. 308.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.